

si es la única Madre que sabe esperar, que sabe desear á Jesucristo, es la única esperanza posible, y eficaz é indefectible de todas las criaturas.

Hé dicho.

Real y religiosísima corporacion que honras á Maria Santísima con la hermosa advocacion de la *Esperanza* en su estado de espectacion; no dejes nunca de tener presente que en este título veneras é invocas á Maria como Reina de las tres virtudes teologales, Fe, Esperanza y Caridad. De la Fe, en los deseos que manifiesta en su espectacion; de la Esperanza, por la ciencia que tiene de lo que ha de valer para nosotros; de la Caridad, por el amor que tiene á Jesucristo como Dios, como Hijo de sus entrañas, y por el amor que tiene á todos los hombres. Y la Caridad me recuerda en este momento que tú eres tambien congregacion de socorro, congregacion de Caridad. Mira á Maria que es tu Esperanza, y no dejes contaminar tus sentimientos con el falso espíritu del siglo. No sea tu caridad *filantropía*; amor al hombre, pero por la razon de semejanza, porque es hombre y nada más; *filantropía*, moneda falsa de la caridad. No llares tampoco á tu caridad *Beneficencia*, *benefacere*, hacer bien sin expresar á quién ni cómo; *beneficencia*, moneda falsa, incompleta, de la caridad. Sea tu caridad caridad evangélica, cristiana, divina, adornada con todos sus preciosísimos requisitos, para que por ella te unas á Dios, te unas á tus semejantes, realices tus esperanzas en Maria Santísima, granjeándote con la imitacion de sus virtudes toda la gracia necesaria para santificarte en esta vida, y despues glorificarte en su amabilísima compañía eternamente en la otra. Amen.



DISCURSO XXX.

Sermon de Purificacion.

Nolite putare quoniam veni solvere legem aut prophetas: non veni solvere, sed adimplere.

(San Mat., v, 17.)

No penseis que he venido á abrogar la ley ni los Profetas; no he venido á abrogarla, sino á cumplirla.
—*Ut supra.*

EL Omnipotente, en su benéfico designio de salvar al hombre en este mundo y glorificarle despues en el otro, no ha dejado incompleta la obra de su gran misericordia. Al ascender Jesucristo á la diestra de su Padre celestial para tomar posesion de la gloria que le conquistaran su abatimiento y sus humillaciones, parecia que la miserable humanidad, si redimida, volvia á quedar desamparada. El Salvador habia desaparecido de entre nosotros, y en adelante nuestra fragilidad, nuestros extravios, nuestra ingratitud y nuestros pecados habrian de encontrarse frente á frente con un Dios: y nuestro corazon y nuestra alma con solo Dios habian de entenderse para levantarse de sus caidas. ¡Grandeza insoportable para la pequeñez de una desvalida criatura! ¡Majestad inexcrutable, que anonadaria nuestro espíritu, detendria nuestros pasos, y temerosos de la cual, y renunciando á toda esperanza, tal vez por nuestra desdicha acabáramos por perecer en el abismo de nuestras abominaciones!

Pero afortunadamente no es así: y allí donde se presentan las necesidades del hombre, allí se encuentra tambien la divina bondad para remediarlas. La apremiante, la gran necesidad de los

hijos de Adán cuando el Redentor se separara de nosotros, era la de una criatura toda humana, que por la confianza y el amor fuera la mediadora entre Jesucristo y los afligidos moradores: la de una criatura levantada por Dios aun sobre la esfera de las concepciones angélicas, rica de toda perfección, de todo privilegio, y dotada de un poder inmensurable para nosotros, cuyos efectos sentimos cuando quiera y donde quiera que le invocamos. Necesitábamos, como súbditos, una Reina; como hijos una madre; como pecadores, un refugio; necesitábamos un corazón en quien cupiesen todos los humanos corazones; una mujer que siendo verdaderamente tal, y nacida como nosotros, y viviente como nosotros, y pasible y mortal como nosotros, fuera, por otra parte, tan maravillosa y tan extraordinaria, que nada tuviera de común con las misericordias de la tierra.

Y he aquí que la misericordia de Dios decreta, y la necesidad queda remediada: he aquí que aparece entre nosotros una mujer formada en la mente del Eterno y concebida en el seno de una estéril, sin pecado original, primera que se consagra á Dios con perpétua virginidad; y que, en recompensa, es destinada para madre del suspirado de los tiempos: una mujer que concibe, que da á luz, que es madre, en una palabra, pero que conserva íntegra, incorruptible su hermosa virginidad. No me preguntéis su nombre: para que la conozcáis me basta indicaros que Ella realiza sus magníficos destinos, cooperando á la reparación del linaje humano; que Ella interviene y se presenta en todos los misteriosos acontecimientos que consuma Jesucristo; que marcha siempre al lado de Jesucristo, y que cuando éste personalmente se separa de nosotros, esta criatura es como la continuación de su misericordia. No nos admire ya si la Niña de Nazareth se presenta á los tres años en el templo; ni extrañemos verla saludada por un Arcángel como madre, pero llena de gracia; ni verla envolviendo en pobres pañales al Autor humillado de la naturaleza, ni ocultando sus altísimas excelencias, y confundida con las demás de su clase, nos maraville verla marchar á purificarse en el templo á los cuarenta días de su alumbramiento.

Dije involuntariamente *purificarse*, y con esta sola palabra he dicho cuanto tenia que decir: He expresado quien es la que va á purificarse, cuál misterio se verifica, qué solemnidad es la que en este día celebra la Iglesia, y, por último, también cual es el asunto de mi oración en la presente mañana. Pero decir solo *Purificación*, por lo mismo que es un misterio extraordinariamente fecundo en enseñanza, sería una palabra demasiado vaga; y para

concretar la idea principal y regularizar mi pensamiento, habré de presentaros á la Reina de los cielos y de la tierra *en el misterio de su purificación*, como modelo y enseñanza del exactísimo cumplimiento de la ley santa del Señor.

Ave Maria.

La Madre del Salvador es modelo y enseñanza del exactísimo cumplimiento de la ley santa del Señor; y para que resalte más esta verdad innegable, hagamos brevemente una excursión por el campo de las grandezas de ese Sér, objeto de nuestras oraciones y blanco de nuestras esperanzas. Y tengamos por seguro que en Maria Santísima nos encontramos con una nueva y maravillosa creación que, sola, vale más, infinitamente más que la creación antigua. Pensemos, y no temamos pensarlo así, ver á la Beatísima Trinidad comprometida é interesada en producir otra imagen suya, representante del eterno triunfo de Dios sobre el triunfo de Satanás en el Paraíso. Producción maravillosa y santísima, que tiene con el Padre, con el Hijo y con el Espíritu Santo una identificación tal, que ya que de Ella no podemos decir que tiene persona divina, porque no la tiene, la Iglesia, inspirada por el Espíritu Santo, la llama Madre, Hija y Esposa, para expresar, aunque débilmente, la relación que la estrecha con la Divinidad. Oigamos al Espíritu paráclito que nos dice que sale de la boca del Altísimo una mujer *primogénita* ante toda criatura: primogénita, porque aventaja á todas las criaturas en dignidad, en excelencia y en perfección; en tales términos, que si Dios hubiera tenido, como nosotros, necesidad de tiempo para concebir la idea de una criatura tan noble y tan acabada, habría necesitado una eternidad. *Primogénita*, como si dijéramos que es con Jesucristo el centro de todas las criaturas, la declaración de los abismos de la incomprendibilidad divina, y como el grandioso objeto que el Eterno se propuso realizar ántes de los siglos. Tierra virgen para la formación del nuevo Adán; paraíso delicioso para morada de este mismo Adán; esposa necesaria para este mismo Adán. *Primogénita*, porque no podemos menos de considerarla separada de la masa común á que pertenece la humanidad degradada; porque en Ella principia un mundo nuevo; porque es el verdadero árbol de la vida, por el derecho de su predestinación eterna, y por haberla mirado Dios, con su Hijo, como la reparadora, la gloria y el honor de todas las criaturas.

Sigamos desarrollando nuestro pensamiento y satisfaciendo nuestras piadosas aspiraciones, y aseguremos como cierto que vemos, como lo vé un escritor muy amante de la Virgen, una mujer á quien el sol sirve de túnica y la luna de descanso para sus piés: tálamo nupcial donde el Verbo Eterno consume sus santos amores; nubecita que lleva en su seno al que vuela sobre las alas de los Querubines, y que es como el complemento de la bienaventuranza.

Confesemos de una vez que en esta criatura vemos el templo indisoluble de Dios, segun San Cirilo Alejandrino; el gran templo de la Majestad divina, segun el Crisólogo; el templo celestial, como la llama San Idefonso; y no tengamos inconveniente en afirmar, porque tambien lo asegura San Bernardo, que para la consagracion de este templo vivo el Padre ha suministrado la caridad, el Hijo la humildad, y el Espíritu Santo el amor. (1) Que el Padre la ha otorgado la luz de la razon, el Hijo la esencia de la sumision, y el Espíritu Santo el aceite de la dileccion: el Padre la ha conferido el poder y la fuerza para vencer al pecado, el Hijo la sabiduria y la humildad para vencer al mundo, y el Espíritu Santo la gracia de todas las virtudes y la caridad para amar á Dios. Hagamos cuenta que en ese sér tan hermoso y tan bienaventurado ha puesto el Padre el don de la contemplacion, el Hijo el de la mortificacion, y el Espíritu Santo el de la compuncion: á quien el Padre ha enseñado á meditar las cosas celestiales, el Hijo á practicarlas, y el Espíritu Santo á amarlas: un sér á quien el Hijo y el Espíritu Santo y el Padre han concedido la pureza, la paz y la gloria. (2)

Concluyamos viendo con los ojos de la fe y de la ternura en ese sér que es asunto de las humanas y querúbicas alabanzas, una criatura bendita desde el primero hasta el último instante de su sér, bendita en las facultades de su alma y en los sentidos de su cuerpo; bendita en las perfecciones de su espíritu y en las bellezas de su persona; bendita en cuanto siente y en cuanto dice y en cuanto hace; bendita en las distinciones con que la hermosea la naturaleza y en los carismas con que la corona la gracia; bendita en la tierra y bendita en los cielos; y bendita en el corazon de los hombres y entre los coros de los bienaventurados, y siempre bendita y cada vez más bendita en el acatamiento de Dios. Y cuando hayamos terminado esta excursion tan peregrina y tan consolado-

(1) Citados por D. Juan Gonzalez.

(2) Idem, idem.

ra para todo cristiano, deducirémos que la Reina de los cielos y de la tierra, la Madre de Dios y la Madre de los hombres, la Emperatriz de los Ángeles y la abogada de los pecadores, Maria Santísima, en una palabra, es la que en este dia sale de su modesto retiro, vá á ofrecer su Hijo en manos del sumo sacerdote; y adornada con todas las disposiciones, externas como internas, y sabiendo quién era, vuela á purificarse en el templo, no necesitándolo, y á manifestársenos en este misterio como ejemplar perfectísimo del cumplimiento de la ley santa del Señor. *Nolite putare quoniam veni solvere legem aut prophetas: non veni solvere, sed adimplere.* Estoy de lleno en el asunto.

He apuntado, casi sin pretenderlo, las interesantes reflexiones que constituyen las pruebas de la verdad que es objeto de vuestra atencion. Una sencilla pintura de la ceremonia legal prescrita á las mujeres hebreas, acompañada de la memoria de que es Maria Santísima la que vá á cumplir con ella, nos dejaria convencidos de que la Señora, á pesar de todo su encumbramiento, no vino á abrogar la ley ni los Profetas, sino á cumplirlos con la mayor exactitud. La mano del mismo Dios habia escrito en las sagradas páginas que la mujer parida permaneciese impura durante cuarenta dias, pasados los cuales debia ir al templo á limpiarse de sus inmundicias; y que lo nacido, siendo varon, se le ofreciese al Señor, juntamente, siendo pobre, con un par de pichones ó con un par de tórtolas. Otra mujer tan ensalzada como la Virgen, pero que no hubiera sido la Virgen, se hubiera mirado á sí misma y hubiera evadido el cumplimiento de la divina ley. Maria Santísima no se mira á sí misma, que mira solo á Dios: para la Señora todo, absolutamente todo es despues que lo mandado y lo prescrito por el Altísimo; asi que, terminados los cuarenta dias de su maravilloso alumbramiento, pone en movimiento su voluntad, toma en los brazos á su divino Benjamin, dispone la ofrenda tal cual estaba preceptuada, y va, confundida en el número de las impuras, á limpiarse en el templo de Jerusalem: *Non veni solvere, sed adimplere.* La Hija de Patriarcas venerables, la nieta de Reyes esclarecidos, cumple con la mayor docilidad las disposiciones del Omnipotente; no omite para ello circunstancia ni diligencia ninguna, revistiendo así de misterios adorables lo que era un acontecimiento comun para todas las demás mujeres. La prontitud, unida á la más exquisita escrupulosidad, embellecen más y más esta obra de Maria: la modestia que hermosea su semblante y el celestial can-

dor con que resplandece el rostro del Niño que lleva en sus brazos, bien están simbolizados en las tórtolas que ha de consagrar al mismo tiempo en las aras de la Divinidad.

Beati immaculati in via, qui ambulat in lege Domini, exclamaré yo con el Profeta cantor. ¡Bienaventurada Maria Santísima immaculada en los senderos de su vida, y que encamina sus pasos sobre la ley del Señor! Pobre es Maria, y como pobre vá á purificarse en el templo, ignorada del universo que entónces no la conoce; atraviesa por las calles y las plazas confundida entre las demás, hollando las vanidades del mundo, y de seguro se considerará dichosísima en dar cumplimiento á los incomprensibles designios de Dios en aquel estado.

Pero si es admirable su disposicion exterior, hay otra cosa que hace todavía más sublime, más trascendental la enseñanza que nos dá Maria Santísima en el misterio de su Purificacion, y es la disposicion interior con que se apresura á cumplir la divina ley. Para penetrar en esas disposiciones interiores, expliquémonos brevemente qué sea esa ley del Sér Supremo, esa ley del Señor que immaculada convierte las almas y suministra sabiduria á los pequeñuelos, esa ley eterna de la que la humana razon no puede evadirse sin suicidarse, y de la cual proceden todas las leyes que han dado al mundo el órden, la civilizacion, la riqueza y la tranquilidad. La ley, de parte de Dios, y segun el mismo Jesucristo lo dice, es un yugo suave y una carga ligera: es una obligacion sagrada que exige de nosotros muy corto sacrificio; es, para decirlo de una vez, un nuevo favor que nos dispensa la misericordia divina; pero tan completamente, que en su gracia nos suministra ya los medios para disfrutar este favor, y, una vez dueños de él, nos conduce á la santificacion, á la inmortalidad y á la gloria. De nuestra parte, la ley del Eterno y su observancia no es otra cosa que la satisfaccion de una deuda legítima, el vínculo que nos une á Él inseparablemente, y el testimonio que le tributamos de nuestro amor y fidelidad por las disposiciones interiores, *humildad, devocion y agradecimiento.*

Hemos hablado de *humildad*, y despues de la del Hijo de Dios hecho hombre, la más profunda, la más admirable, la más ingeniosa, es la humildad de su Madre Maria Santísima. Dice muy bien un orador contemporáneo, que todas las grandezas y todos los privilegios de Maria Santísima se registran y se recorren en la escala de su humildad (1). Cuando Maria Santísima se consagra á Dios

(1) D. Juan Gonzalez.

en cuerpo y en alma, al sonreir la aurora de su niñez, la humildad reside escondida en su corazon: cuando los abismos se estremecen al exponer el Angel de la Anunciacion las augustas prerogativas de que es asiento la Madre de Dios, la humildad del alma rebosa á los labios de Maria, y los cielos y la tierra acogen con aplauso y veneracion aquella frase: «Hé aquí la esclava del Señor.» En el misterio de la Purificacion, la humildad de Maria Santísima es la humildad en accion, es la humildad que se somete á las condiciones más innobles, á los términos más violentos, y á los sacrificios que más torturarían un corazon donde reinara la soberbia. Y como la humildad en todos, pero más en la Virgen que en ninguna otra criatura, toma su valor y sus bellezas del conocimiento de Dios y del propio conocimiento, de ahí el que la acompañe con un recogimiento angélico, con una compostura edificante, con una inimitable devocion.

La devocion, hermanos míos, en sentir de todos los místicos, es el total ofrecimiento de uno mismo, y el total ofrecimiento es el completo sacrificio. Maria en su Purificacion reúne sacrificios á sacrificios; Ella sacrifica los sentimientos de su alma, los afectos de su corazon, el descanso de su cuerpo, los goces de sus sentidos; lo apresta todo para que así se cumpla la voluntad de Dios, y marcha sobre la tierra que la adora, al frente de los Angeles que la acompañan, y respirando una brisa que la bendice, y vá á tributar al Omnipotente, que la engrandeci6 antes y mejor que á ninguna criatura, el homenaje de su *agradecimiento*. Si Maria Santísima merece colocarse y es colocada al frente de los espíritus angélicos y de los seres bienaventurados, y delante y sobre todo lo hermoso, y lo perfecto, y lo encumbrado; si no hay excelencia ni perfeccion en que esta Señora no exceda á lo que la es inferior, que lo es todo, menos el mismo Dios; digamos de una vez que su gratitud en el misterio de este día crece de aliento en aliento, de instante en instante, que se desarrolla prodigiosamente con cada una de sus virtudes, y que solo puede apreciarla debidamente el mismo Dios. ¿Y por qué? *Nolite putare quoniam veni solvere legem*, porque la Reina de los cielos habia venido á realizar cuanto estaba mandado, y á hacérsenos en el día de su Purificacion modelo perfectísimo del cumplimiento de la ley santa del Señor.

Pero ¿y sabia la Virgen Santísima quién era? Y, sabiéndolo, ¿necesitaba, por ventura, someterse á las ceremonias legales, y figurar entre las impuras, y ofrecer su Hijo, y rescatarle por cierta cantidad, y todo lo que estaba mandado por el mismo Dios? La Virgen Santísima sabia quién era, ¡quién lo duda, cristianos! Ma-

ría sabia lo que era y para qué estaba destinada desde toda la eternidad. Sabia que era la preordinada y escogida para enjugar las lágrimas del linaje humano; sabia que era la ansiada de los Patriarcas, la preconizada por los Profetas, la esperada con indecible impaciencia por las generaciones de cuarenta siglos que descendieron al sepulcro con el desconsuelo de no ver siquiera despuntar la aurora de la Redención. Maria Santísima sabia que era, conforme la saluda el Cretense, el templo del Salvador, el tronco de la vida incorruptible, la carroza del sol ardiente, el arca de honor, la vasija de oro, la diadema imperial, el solio de Dios, la puerta del cielo, la Reina del mundo, el gabinete de la sabiduría, y, para concluir, sabia que era, en expresión bellísima de San Fulgencio, la ventana del cielo por donde Dios ha hecho que se comunique la luz á todas las naciones del universo (1).

No necesitaba la Señora purificarse; no lo necesitaba, porque en su concepción habia sido preservada de la culpa original, y en la encarnación llena de gracia, y sobre Ella habian descendido todas las bendiciones de Abraham, de Isaac y de Jacob. No lo necesitaba, porque era y es llamada Hija por el Padre, Madre por el Hijo, Esposa por el Espíritu Santo; porque es Madre sin dejar de ser Virgen, porque es Virgen y al mismo tiempo Madre, porque es la Reina de toda pureza, y su Reina la llaman los Angeles y los Apóstoles, y los confesores y las vírgenes, y los mártires y todos los Santos. No lo necesitaba, porque es lecho nupcial del Espíritu Santo, tabernáculo santo del Verbo humano, templo del Padre Omnipotente, y reclinatorio y descanso de toda la Beatísima Trinidad; y claro está que si Maria Santísima sabia quién era al cumplir con esta parte de la ley, y no necesitaba cumplirla, la ciencia de sí misma y la no necesidad, da mayor realce á su gloria en el misterio de la Purificación, pone más en relieve su santidad, obligándonos á reconocer, á confesar y á dejar consignado una vez más, y para siempre, que Maria Santísima, lejos de evadir la ley, se somete á ella, y que con sus disposiciones exteriores é interiores, por lo mismo que sabia quién era, y por lo mismo también que no lo necesitaba, en el misterio que hoy solemnizamos se nos manifiesta como modelo y enseñanza del exactísimo cumplimiento de la ley santa del Señor.

Non veni solvere, sed adimplere. Hé terminado.

Creo que de lo expuesto en mi discurso habreis deducido las consecuencias que facilísimamente se desprenden de él, á saber:

(1) Citados por D. Juan Gonzalez.

la ley de Dios obliga á todas las criaturas, pero muy particularmente á los que peregrinamos por este mundo afiliados en las banderas del Cristianismo: Dios, que ha distinguido á Maria por el ejercicio de las más sublimes virtudes, la ha consignado también como modelo del cumplimiento de su soberana ley: la devoción que la profesamos ha de estar, no solamente en los labios y en las palabras, sino en el corazón y en las obras. Cumplamos la ley de Dios y sigamos las huellas de Maria Santísima, para que, imitándola, invocándola y teniéndola por protectora en esta vida, logremos también tenerla un día por compañera en las eternas delicias de la gloria. Así sea.

